

dremos una idea de las riquezas cuantiosas que durante tantos siglos se han perdido.

Mas ha llegado el tiempo en que, merced al apoyo decidido del Gobierno y al entusiasmo creciente de los pueblos, el colosal y benéfico proyecto no quedará ya reducido a letra muerta, sino que se convertirá en fuente de salud y bienestar para los ciudadanos y en tesoro inagotable para el Departamento de Boyacá y para la Nación entera.

EL ESPEJO Y EL CAMINO

La frase sobre que la novela es como un espejo que se pasea por un camino, original de Saint-Réal y vulgarmente atribuída a Stendhal, es de las que más se han estereotipado. Contribuyamos con una alusión más a prestarla fuerza y resistencia, porque si unas pocas citas y alusiones pueden exprimir todo el jugo de un pensamiento, de una obra total, en cambio, cuando se la alude muchas veces, cuando se sorbe y paladea su contenido con calmosa delectación, poco a poco se va asimilando y fundiendo con nosotros mismos, cual aquella fantástica música de las esferas que acaso sea cierto que nos arrulla desde que nacemos y cuyo monorritmo no conseguimos seleccionar y percibir, porque para esa labor es obstáculo fundamental la costumbre. Hay frases como esta de Saint-Réal que petrificadas por la insistente repetición y conocimiento, no parecen haberse engendrado y desarrollado en una inteligencia humana; semejan haber existido siempre, fulgurando sobre las cabezas abatidas, debiendo su vida a un poder más alto que al de una simple reflexión.

Repitámosla, una vez más, con sus mismas palabras, sin transvasarla: *Un roman: c'est un miroir qu'on promène le long d'un chemin.* Hé aquí un pensamiento que

roza nuestro exterior—lo superficial—y que ahonda al mismo tiempo en nuestros más profundos rincones. De la primera inmersión en ella, sacamos a flote una presa estimable: la de que el novelista ha de pasear por la vida su espíritu como un espejo por un camino. Claro, veraz, objetivo. Mas esto no es todo. Al profundizar más en la idea; al hacer llegar nuestro examen hasta su entraña más íntima, una interrogación desconcertante nos asalta. ¿Cien espejos, por un camino real, reflejarían al transitar por él, la misma imagen con idéntica, absoluta exactitud? ¿Puede haber dos espejos iguales?

La duda no es duda; inmediatamente arribamos a la playa de una contestación negativa, pero clarividente. No; no es posible que existan dos espejos iguales, dos espejos que se paseen por el camino real de la vida y vean y reflejen las mismas cosas y de igual manera. Cada pupila extrae de la realidad que la circunda lo afín y acomodado a su esencia, y eso es lo que ve, porque el resto no existe para ella. Es una conquista indiscutible de la biología que cualquier simple aficionado a esta ciencia ha encontrado bien demostrada.

Nutrida es la bibliografía existente y entre ella, por la claridad y modernidad de sus postulados, es insustituible cuanto ha escrito el Barón Jaekob Von Uexküll sobradamente conocido para que le acompañemos de otras referencias. Nos vence contra lo que nos habíamos propuesto, la tentación de traer aquí unas palabras suyas, aunque no constituyan sino un simple recordatorio. Las ideas para una concepción biológica del mundo, de von Uexküll, son tan corrientes y familiares para cualquier curioso lector, que nadie puede atribuir a simulación de autoridad científica el hecho de hacerle concurrir a este enjambre de simples observaciones. Lo hacemos—repetimos una vez más—en la creencia de que son ya conocidas y tan sólo por creer oportuno su recuerdo.

¿Y qué piensa von Uexküll sobre los organismos y el mundo circundante? ¿Qué consecuencia extrae de esta indudable diversidad de mundos, tan distintos cuan diferentes son las pupilas que hunden en él su mirada?

La palabra esclarecedora, ceñida, rigurosa de von Uexküll se dispone a usar de su fuerza para servir de conducto al pensamiento. Dice:

—La Naturaleza no escoge los organismos adaptados a ella, sino que cada organismo se escoge la naturaleza a él adaptada. Esta interpretación es corriente ya desde hace tiempo para los fisiólogos. Entre las innumerables ondas del éter, nuestro ojo sólo escoge una escala muy limitada, lo mismo que nuestro oído las ondas del aire. De este modo, en todo el mundo animal cada órgano de los sentidos no es otra cosa que un aparato para escoger los efectos convenientes para el animal entre los innumerables del mundo exterior. Por ello, en modo alguno pueden compararse entre sí los órganos de los sentidos de las diversas especies animales, ya que cada uno sirve para un fin distinto. Igualmente falsa sería la tentativa de pretender medir unos por otros los heterogéneos aparatos de marcha o vuelo, pues cada uno de ellos, según su manera de ser, crea nuevas relaciones con la tierra o el aire. Los organismos son incomparables entre sí, lo mismo que sus órganos.

Los razonamientos del Barón Jaekob von Uexküll nos convencen plenamente. Ni un resquicio queda por donde la duda pueda destruir el armónico y ajustado edificio. Pero esto no es todo. El autor de *Cartas Biológicas a una dama*, prosigue:

—El sistema nervioso central de cada animal puede ser comparado con un espejo que sólo está en disposición de copiar una mínima parte de nuestro mundo circundante. Especialmente por los trabajos de Radl, se ha comprobado que muchos insectos no experimentan el más

pequeño efecto ante las formas y colores de nuestros objetos; pero, en cambio, están rodeados por simples superficies, diversas en magnitud y diversas en iluminación, que, por su efecto de diverso grado en la retina del ojo, ejercen un influjo rector en los movimientos del animal.

Para el más indiferente, y aun tratándose de un tema tan limitado y ceñido, la asombrosa claridad y precisión de las palabras de von Uexküll, seducen y encadenan la atención. Pero no interrumpamos. Sigamos escuchándole:

—Cada uno de los órganos de los sentidos de cada animal realiza una recolección, característica suya, de los estímulos del mundo exterior, a los que utiliza como nota de percepción, y todos los órganos de los sentidos del mismo animal, tomados en conjunto, dan una determinada sección del mundo exterior. Esta sección del mundo exterior, que para cada animal es una distinta y característica de él, se llama su mundo perceptible.

El mundo perceptible de cada animal es distinto. Saboreamos la afirmación hasta llegar a sus más remotas, sus más escondidas consecuencias. Pero por si esto no fuera poco, el mismo autor se cree en la necesidad de añadir:

—Resulta de una inmediata evidencia a lo fundamentalmente distinto que tiene que aparecer el mundo desde el punto de vista de dos sujetos, si los sujetos son diferentes. Por desgracia, sólo tenemos posibilidad de considerar nuestro propio mundo de percepciones, que en todas sus partes es un producto subjetivo nuestro. Cada uno de nosotros sólo está autorizado a decir: «Mi mundo perceptible consiste en mis objetos», y sólo en cuanto somos semejantes como sujetos nos es lícito hablar de la igualdad de nuestros objetos.

Por estas manifestaciones del sugerente biólogo alemán, el lector, si no ha llegado anteriormente, arrancará de este principio salvador: que en torno nuestro y sobre nuestras cabezas, hay algo que desconocemos, que no podemos ni siquiera expresar. Salvando lo que esta consecuencia tiene de inmediatamente materialista, la cuestión sitúa al espíritu en una postura tensa, erecta y vigilante, como el arco en ademán de lanzar la flecha. ¿Hasta dónde llegaría su pensamiento si desde tan encumbrada posición apunta? Porque repetimos, no es ya sólo lo que está en torno de la pupila y ésta no ve, sino lo que circunda, lo que envuelve y acosa al espíritu y éste no percibe, no siente, no puede conocer.

Es el mismo Barón Jaekob von Uexküll, quien va a decirnoslo, porque difícilmente, en claridad y nutrida doctrina, podíamos nosotros superarle.

—El mundo circundante de estos animales superiores muestra una formación de muy diversa especie en correspondencia con su espejo nervioso; y si pudiéramos tener ante nuestra vista espiritual los diversos sistemas nerviosos de los animales, como vidrios de colores ante la corporal, conoceríamos el mundo bajo mil formas diversas, comenzando por la mayor sencillez, como se muestra el mundo circundante de la lombriz de tierra, en el que sólo hay una izquierda y una derecha subiendo por el mundo circundante del cangrejo maya, que sólo consiste en manchas de colores, hasta el de los insectos, que consiste en un fondo de manchas claras y oscuras sobre el que destacan los contornos de diversos e importantes objetos, como, por ejemplo, los animales en los que hacen presa.

«Cuanto más avanzamos en el conocimiento de los animales y de sus mundos circundantes, tanto más se nos impone la cuestión de cómo es el mundo que nos rodea a nosotros mismos. Acaso, aun siendo tanto más

rico y diverso que el mundo circundante de los animales, ¿no será el extremo de riqueza y hermosura? ¿Estaremos también nosotros mismos limitados y encerrados por nuestro mundo circundante, como los animales por los suyos, que apenas contienen un reflejo de la riqueza del mundo que nosotros vemos extendida alrededor de los animales? Y si esto es así, ¿hay algún indicio de la existencia de un mundo más alto, mayor, más rico, del cual nosotros estamos exceptuados porque nuestros órganos de los sentidos y nuestro cerebro están tan pobremente contruidos?

«Ciertamente, hay ese indicio. Hermán Keyserling en su hermoso libro sobre la Inmortalidad, alude a que estamos rodeados por todas partes de un mundo sobrepersonal. Sabemos bien que cada animal representa una unidad desde el germen hasta la madurez. Pero con nuestra corta vista sólo vemos los miembros aislados, no vemos la cadena. Sólo forman una unidad para nosotros las partes de los organismos vecinas en el espacio; a las altas organizaciones cuyas partes se tiende la mano en el tiempo tenemos que reconocerles como realidades, pero no podemos conocerlas. Es verdad siempre lo dicho por Platón al atribuir a sus ideas suprasensibles una realidad más alta que la del mundo de los sentidos. Nos rodean como los más altos picos de una montaña envuelta en niebla; nos dominan, pues también nuestra propia vida está formada para una unidad más alta, pero no la conocemos».

Por este camino, dentro y fuera de la Biología, el lector puede ir muy lejos. El panorama que se abre ante sus ojos es inmenso. Llenaría muchas páginas el detallar los libros que a este tema se refieren más o menos directamente. Digamos que es aspecto sobre el que hoy, en nuestro siglo de las máquinas, miles de inteligencias están en estudio, y con esto indicaremos claramente la

virtual actualidad del tema. Nadie puede mostrarse ajeno a él porque este árbol magnífico ahonda sus raíces en la mayor y mejor parte de las tierras del humano saber.

Dejemos un momento la pluma para tomarla y recuperar el tema un poco más adelante.

TEÓFILO ORTEGA

BOCHICA, HIJO DE LA ATLANTIDA

«Tis strange, but true; for truth is always strange;
Stranger than fiction»

BYRON, «DON JUAN»

Hace tres noches leía cierto pasaje de nuestro buen cronista Castellanos, que «cansado de peregrinar por diversas partes de estas Indias Occidentales, tomó asiento y reposo en este Nuevo Reino de Granada, donde residió muchos años». (Prefacio de la *Historia del N. R.*)

Don Juan de Castellanos, párroco de Tunja por merced de Dios y del Rey, fue todo un personaje. Allá dirán los críticos las alabanzas que se le deben como historiador; yo, válgala la verdad, le tomé afición entrañable, más que por sus letras, por su vida de ochenta y cuatro años llena de nobles y heroicos trabajos mientras anduvo en pos de los conquistadores, apacible y estudiosa desde el día en que saludó a Tunja con estas palabras:

*«Gracias al cielo doy que ya me veo
en el pobre rincón de la morada
que por merced de Dios y el Rey poseo
en este Nuevo Reino de Granada,
después del prolijísimo rodeo
que hice con mi pluma mal cortada
cantando varios hechos y hazañas
de nuestras gentes y de las extrañas».*

(*Historia del N. R.*, Canto I).